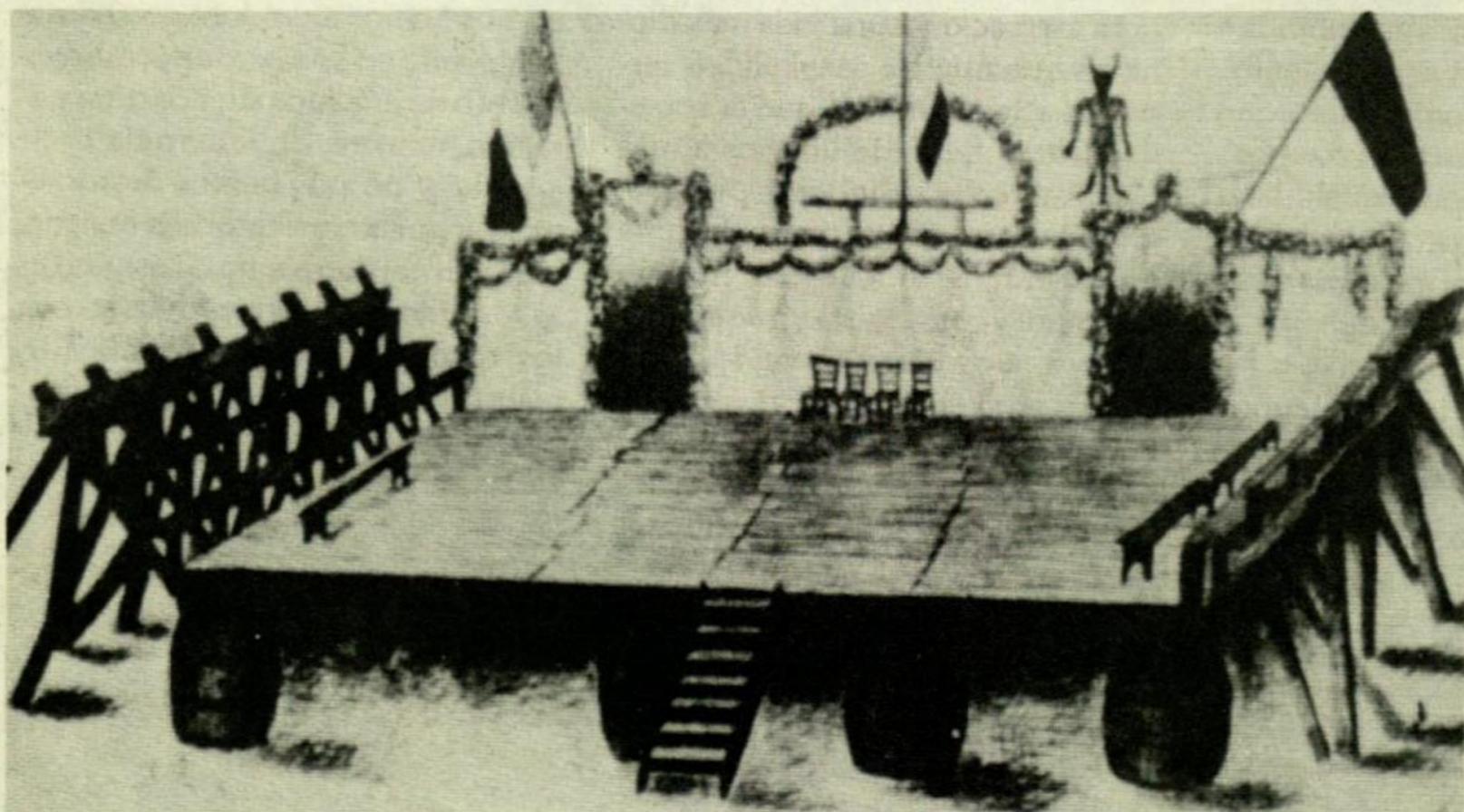


# EL VIEJO ARTE DEL AUTOR DRAMATICO

*Miguel Rojas*



Es posible que la primera idea que nos sugiere el título sea la trillada referente a las trasnochadas que uno se pega o a los sobresaltos que lo consumen cada vez que intenta crear un nuevo material para el teatro.

Pero en este caso, el enfoque varía un poquito. Y se me ocurrió justamente porque la casi totalidad de textos dramáticos que conocemos, llegan a nuestras manos en la versión revisada por el autor, generalmente ya publicada. Obviamente, esto quita el que una muestra pueda ser revisada tantas veces como se quiera, pero lo cierto es que generalmente, queda una versión, si no definitiva, por lo menos final.

A través de mi experiencia, dialogando con la de otros dramaturgos y enterado perfectamente de algunos ejemplos comentados por creadores de siempre, es que creo que la historia de la dramaturgia universal debería estudiarse desde la obra que queda impresa y tiene la opción de modificarse para cada eventual puesta en escena, pero involucrando también, cada vez que se pueda obtener información precisa, aquella parte de la obra que en su proceso de creación el autor elimina.

Supongo que las razones de cada autor son válidas, pues uno pone su cuota tratando de obtener los mejores dividendos artísticos, y existe absoluta libertad para que haga con su trabajo tan particular lo que considere más conveniente, pero eso no quita el hecho de que muchas veces el material desechado reviste capital importancia por los enfoques con que ha ido llevando el material en la caldera de su imaginación.

¿Por qué dice un autor que esto o aquello es lo que va y tal o cuál parte no?

Para el autor que tiene amigos o gente de confianza, ya sea del mundo del teatro o ajena a él, es más asequible escuchar opiniones antes de dar su digamos "borrador final", porque se sienta con ellos y lee su obra, o se la leen en su presencia o se las presta para que la lean, escucha sus opiniones, toma notas y en ese intercambio que supone un aprovechamiento mayor, puede afirmar y confirmar su labor, rehaciendo hasta que lo crea necesario. Hay también los tercios que en su demiurgo creador dan por sentado que sobre la obra ellos son el único principio y fin de las cosas. Existe, en el primer ejemplo el autor que está seguro de que él solo va bien y así se lanza a dar su obra para que otros la juzguen. Sin embargo, quiero recordar el tercer caso que se refiere a aquellos dramaturgos que por una u otra razón por la señal que dan y de la que no siempre estamos enterados, porque le pertenecen solo a su domino como ser social, algunas veces se ve obligado a revisar su obra solo y dejarla que sobreviva o muera por fuerza de su calidad o hasta una nueva génesis donde se le de el valor que tenía. No siempre ocurre, pero hay casos.

Sobre ese material desconocido he querido traer una muestra.

La escena corresponde a una obra sin título todavía, que versa sobre Cartago, en 1718. Esta escena definitivamente no va en la versión final. Corresponde a un segmento de acción, muy importante hasta el borrador

número tres. Sin embargo, la decisión es rotunda. -La obra es de quien esto escribe-. Esta escena no va en la obra.

Veamos la escena. Conste que a mí me encanta y si le tuve la consideración de no tirarla a la basura es porque le guardo un gran cariño y disfruto mucho con ella, porque conozco todos sus antecedentes, antes y después, y la veo en movimiento dramático.

En la Iglesia.

Misa Mayor.

El Vicario con todas sus galas y mejores abalorios.

El Padre Tomás lo asiste diligentemente.

Ya están en misa cuando entra don Ramón de Traba en un carrito que maneja Cristóbal. Don Ramón reluce una capa de grana y montera.

El Padre Tomás sostiene una enorme, hermosísima Biblia, de donde el Vicario masculla unos latines.

Ramón -¿Qué pasa?

Cristóbal -Está leyendo...

Ramón -¿Qué dice?

Cristóbal - Algo del día del juicio final. Parece que está cerca.

Ramón - Gracias a Dios que tu padre putativo, cura de Ujarrás, te dio instrucción. No te olvides de cobrarle al Vicario el candelabro de Toledo.

De afuera vienen extraños ruidos, mezclados con caballos y bullicio de gente que de repente se calla.

El Vicario sube al púlpito.

Vicario - Queridos hermanos míos...en este noble día, el apocalipsis es la señal inconfundible de la hora que acaba...

De afuera, con gran estruendo, se escucha, ¡OLE!

El Vicario mira al padre Tomás que no sabe qué responder.

Vicario-Amadísimos hermanos...

Otra vez se escucha ¡OLE! y la voz del Capitán Bustamante en la misma entrada de la iglesia que grita "la fiesta de toros ya empezó. Ole y olé"

Afuera el escándalo es tan estrepitoso que saca de quicio al Vicario quien reprende al padre Tomás.

Ahora es música combinada con bombetas.

Doña Herminia de Trueque se abanica y despachada, sale, seguida de su marido, don Diego de Barro de Olla, que parece un príncipe. Don Otoniel de Agarra, primero se asoma, luego se persigna y sale.

Ante tal escándalo, el Vicario se baja del púlpito y sale al interior de la Iglesia.

Tomás -Hermanos, la misa terminó.

El padre Tomás sale a la calle.

Ramón -¿Qué pasa? ¿Estamos celebrando el advenimiento de una nueva dinastía, o qué?

Cristóbal -Parece que la misa terminó, o la terminaron. La fiesta pinta de lo mejor.

Ramón -No seas hereje, Cristobalillo. En fin, llegamos tarde o este Vicario sinvergüenza las está haciendo más cortas. Llévame a casa. La próxima vez haré la penitencia desde mi cama.

Se escuchan bombetas y música con baile y olés.

Ramón -Espera, cambié de parecer. Vamos a la fiesta. Deja el carrito en lugar seguro. Te doy el día libre, Cristobalillo. Y que mi santo me sume indulgencias.

Sale Cristóbal con el carrito por un lado, y por el otro, arreglándose los bigotes, don Ramón.

Entra el padre Tomás y se topa con el Vicario, crucifijo en mano.

Tomás -Bustamante y Pedro Ruiz son los organizadores. La fiesta se dirige al convento y harán remate frente a la Iglesia. Luego habrá corrida de toros y premios con aguardiente libre para todos en el Cabildo.

Vicario - (Dándole un pergamino) Los excomulgaré. Pega este pergamino en la tablilla de la entrada.

Tomás -¿No es cierto que tendría más fuerza si usted lo muestra primero?

Vicario -Tiene mi firma.

El bullicio se acerca mientras el padre Tomás pega el pergamino en la entrada de la iglesia.

Aparece la gente, todos con máscaras y bigoteras de distintos colores y tamaños, acompañados de música y danza.

El padre Tomás observa y luego levanta los brazos llamando su atención. Les enseña lo que acaba de pegar, pero el Capitán Bustamante lo asusta por detrás y lo mete al ruedo, haciéndole olés cada vez que quiere salir.

Bustamante - Todos al Cabildo. ¡Aguardiente libre hasta reventar! ¡Después de nuevo a los toros! ¡OLE!

En medio del griterío, se dirigen y entran al Cabildo, menos Cristóbal, que guitarra en mano, lee la tablilla.

Cristóbal -Ay, Beatriz, nunca he dado mala nota y estoy excomulgado. Si fue una invitación del Gobernador. ¿Qué culpa tengo yo? Ya no podré cantarle a mi Beatriz. Los excomulgados tienen que hacer penitencia, encerrarse y no hablar con nadie...

Del Cabildo sale el Capitán Bustamante.

Bustamante -¡No afloje!

Cristóbal -Todos los que desobedezcamos iremos a los infiernos.

Bustamante -¿Y qué? Si ya perdimos el alma, no hay más tiempo que perder. La parranda va para largo. Y olé.

Cristóbal - No se, Capitán.

Bustamante -¿Quiere que lo reclute inmediatamente?

Cristóbal -No, no, no.

Bustamante -Según la orden del Gobernador, recluto al que considere conveniente, ahora que las relaciones entre el Vicario y el Gobernador están

muy deterioradas. Así que cuando te llame, a servir al Gobernador. Cristobalillo, si nos vamos al infierno que sea por algo más contundente.

Cristóbal -Mejor me voy a la casa a servir a don Ramón.

Bustamante -El viejo carcamal está enfiestado, no perdás el tiempo en quehaceres para otro día. Dale a la guitarra y cantate una bien alegre...(Cantando altísimo) A mí que me revisen / pero que no toquen nada / me puedo morir de amor...

Cristóbal -Con esa voz solo para un entierro militar.

Bustamante -(Cantando) Ole, ole, ole y olé... Vamos, Cristobalillo. Los inocentes no se condenan porque lo diga el Vicario.

Cristóbal -Vamos, pero solo un rato.

Bustamante -Lo que querás, hombre, ¡Viva el Gobernador!...¡Echémele leña al fuego!...

Salen Bustamante y Cristóbal, rasgando la guitarra.

Aquí está lo que en otras circunstancias no vería la luz nunca. El viejo arte de todo creador. Cortar, acomodar, eliminar, círculo vicioso que no tiene ninguna explicación más que la que uno le da para explicarle a otros.

Yo mismo me sugiero la importancia de que el dramaturgo y su estética no pueden ser al azar, no debería, eso es una responsabilidad con la cual crea una realidad y la transmite a través del texto dramático. Cada uno debe tener claro lo que hace, no inventar justificaciones, solo sentirse y saberse claro en su trabajo y en el rol que juega en la sociedad. Ese sugerir es una obligación ineludible.

Respecto a la escena que queda como parte de ese arte-ciencia del no va, es fácil para mí entenderlo de esta manera.

El primer borrador solo una persona lo conoció y me hizo valiosísimos comentarios. Esa persona no tiene nada que ver con teatro. Sin embargo, esta corresponde al tercer borrador, donde ya la idea original se mantenía buscando un lugar más definido. Tenía que disminuir la cantidad de personajes, amarrando una línea más directa. Tenía que irse, se fue.

Eso pasa constantemente. Para muestra baste solo un botón.